

XI

Don Clemente estaba muy contento: supo ese día que su presunto yerno se había hecho cargo de un nuevo negocio; pero ignoraba en qué consistía el tal, ni cuál era su magnitud, pero estaba radiante de felicidad. El buen señor creía que no era más que pelear á papel sellado, y que los bolsillos se llenaban *incontinenti* de monedas y de billetes de Banco.

Quando llegó á comer, comunicó á su hija y á Julián la noticia.

—Ya verían como Diego sería un gran abogado que subiría como la espuma. . . . ¡qué diablura!

Matilde estaba distraída, y casi no tomó parte en la conversación: algo la preocupaba. . . . pero no, no podía ser. Valentina, su buena, su íntima amiga, qué interés podía abrigar hacia Beltrán? por qué le hablaba continuamente de él? por qué al dar las once, las noches en que se reunían en casa de don Clemente, Valentina se levantaba y con gran aplomo, dirigiéndose á Beltrán le rogaba que la

acompañara, y le miraba de una manera que. pero á ella, á Matilde, qué le importaba? acaso tenía algo que ver con Beltrán? Si fuese con Diego la cosa. . . y bajaba los ojos avergonzada al pensar que si Diego fuese el objeto de las demostraciones de Valentina, quizá ella, Matilde, no sentiría lo que estaba sintiendo. . . sería posible?

Por la noche, á eso de las ocho y media, llegó Beltrán: fué recibido por Matilde quien se asomaba á la ventana por la quinta vez.

—Tomada *infraganti!* la dijo Beltrán en el pasillo, mirándola con sus ojos negros, incisivos y sonrientes mientras la estrechaba la mano con más calor que el acostumbrado.

Matilde aunque comprendió la idea se hizo la sueca y contestó:

—Cómo *infraganti!* qué quiere decir?

—Ya lo sabrá muy pronto; ése es un término de derecho que Diego explicará en cuanto llegue: por lo demás tiene usted razón; nada hay tan hermoso como esperar. . . . ! y contar los minutos. . . . es gozar por anticipado, gozar dos veces, ¡qué egoísta es la humanidad!

—*Adió!* . . . qué ocurrencia! replicó Matilde: á quién supone usted que estaba esperando?

—Vamos, y usted piensa que por cuanto pintan á Cupido en figura de un niño es tan *niño* de veras que se pueda esconder entre los ojos?

—Vaya, que usted es malicioso: en lo que menos estoy pensando. . . . es que me han ofrecido

un regalo que me gusta mucho y creía que ya llegaba.

—Y llegará *él* con el regalo, no lo dude.

—Pero quién se figura usted que es?

—Quién ha de ser. . . .? quiere que también le halague los oídos?

—Bueno, apostemós á que usted no adivina á quién espero.

—Apostado, contestó Urdaneta; apostemos el regalo.

—Y para qué quiere usted flores?

—Ah, con que flores? ya lo creo: cuántas veces es una flor un verso, y un ramo de flores un poema? no sabe usted que las flores hablan, que son estrofas que huelen?

—Sí, contestó Matilde, pero las que aguardo no tienen más perfume que el natural, y no ese que usted les supone.

—Eso ya es otra cosa, dijo Beltrán cambiando de tono y demostrando cierta indiferencia: algún amigo?

—Sí.

—Quién es?

Trillito . . . ese joven Astorga que le presentamos aquí hace algunos días. . . .

—Ah sí; por cierto que es un buen muchacho, le he encontrado en el Club en la mesa de poka. . . .debe de ser rico porque juega con un despajo que da gusto.

—El papá sí es rico; un viejito del campo que tiene muchas haciendas.

—De veras? yo le creía de familia distinguida porque tiene modales de buen tono.

—Estudiaba en el Liceo y se iba á hacer abogado; pero parece que abandonó los estudios á *medio palo* y lleva una vida . . . pero es muy gracioso y muy servicial; esta tarde alquiló un caballo sólo para ir á traerme unos claveles blancos; él sabe que me gustan mucho y se empeñó en que había de conocer unos que se dan en un jardín por San Francisco, que parecen rosas centifolias por lo grandes.

—Vaya que es galante el chico, dijo Urdaneta celebrando esa acción, que él recordaba haber hecho muchas veces en su vida de galanteador.

Entraron á la sala.

Don Clemente fumaba arrellanado en un sillón *inamovible* á causa de su estado sospechoso, un cigarrito amarillo: nunca pudo fumar esas picaduras que le sabían á nido de cucaracha según decía.

—Hola! Beltrán, adelante, exclamó don Clemente al ver á su sobrino.

—No se levante don Clemente, no se moleste, dijo Beltrán acudiendo á su tío con gran afabilidad. Y cómo está?

Perfectamente, y tú qué te has hecho hoy, dónde has ido?

—Oh! he pasado una tarde admirable; tomé una volanta y le he dado dos vueltas á la Sabana ¡qué hermoso paseo! qué aire se respira allí, ¡qué vistas! aquellas cordilleras azules todo es en-

cantador. No me explico cómo no se van allí las gentes en una tarde como la de hoy, á correr, á respirar. . . . uno que otro paseante y algunas vacas y bueyes; qué lástima! cuánto se podría hacer allí; un bosque de *Bologne*, un Hyde Park.

—Qué quieres? contestó don Clemente; aquí nadie emprende. . . . no hay capitales. . . . las municipalidades se suceden unas á otras y no se preocupan más que por inventar impuestos y soplarlos, soplarlos hasta más no poder. En mi tiempo. . . . ah! qué diferencia!

Dos personajes entraron á la sala.

Una risita argentina que ya conocemos se había dejado oír en el zaguán, y Valentina entró con su aire triunfador y alegre precedida por Diego á quien había encontrado en la puerta de la calle limpiándose el calzado en el felpudo.

Después de los saludos y de los besos de ordenanza cambiados entre Valentina y Matilde, todos se sentaron.

—Gran noticia, dijo la primera á su amiga, parece que es cosa resuelta que habrá baile en el teatro; Emilia me ha contado esta tarde que han ido algunos señores á rogarla para que acepte el cargo de recibidora. será una cosa regia, digna de nuestro coliseo. conqué ya lo sabes para que vayas preparándote con tiempo. . . . y usted señor *pleitista*, agregó dirigiéndose á Diego, es bueno que deje un poco los expedientes y piense en divertirse, y en despedir el año con pitos y cajas porque ya en el que viene le aguardan otros asuntos *más serios*.

—Yo estoy siempre dispuesto á divertirme contestó Diego llevando el corriente, pero ya usted sabe que el papel que yo hago en los bailes no es muy airoso.

—Qué, no le gusta á usted esa diversión? preguntó Beltrán con alguna extrañeza.

—No es que no me guste, pero sucede que no soy de los primeros en solicitar el programa de las bailarinas, que no bien han entrado cuando son verdaderamente asaltadas; ellas muchas veces conceden su carnet por un exceso de amabilidad, á personas á quienes apenas han visto, y aún á extranjeros que quizá desembarcaron el día anterior en Limón, á los cuales nadie conoce... pero como van vestidos *de gente* lo parecen, y á veces resultan ser veterinarios ó mozos de carrocería, y lo mejor del cuento es que nadie sabe cómo están allí. Pero ellos van á bailar y bailan hasta reventar los pies á sus compañeras. Yo me conformo con dos ó tres piecitas que se me concedan, sin disputar programas á sangre y fuego, y naturalmente, me quedo rezagado.

Urdaneta se rió de buena gana mientras Matilde le miraba también sonriente.

—Y así debe ser, dijo Valentina á Diego con malicia; pues las dos piecitas que usted baila con *alguien* deben satisfacerle tanto que sería imperdonable el que quisiera bailar más; no es así, Matilde?

Esta se rió mirando á Diego y á Urdaneta simultáneamente.

—Es natural que así sea, dijo éste último.

Don Clemente quiso variar la conversación, y dirigiéndose á Diego le preguntó con interés.

—Es cierto lo que me han dicho? parece que se ha encargado usted de un negocio importante? caramba, crea que me alegro mucho. . . . es bueno empezar temprano, eso da gloria y provecho; es de valor el negocio?

—Sí señor, contestó Diego poniéndose colorado. Un negocio que tiene el mayor atractivo é interés para mí. . . . unos menores que han estado en tutela. . . . y que han sido expoliados miserablemente por el propio tutor que ahora resulta muy rico. . . . uno de ellos, la hija, acaba de entrar á su mayoría, y está resuelta á pedir cuentas claras, y tiene razón . . . me ha hablado del asunto, no tiene dinero para pelear, pero yo haré lo posible en beneficio de esos huérfanos.

—Ha hecho usted muy bien, dijo Urdaneta, en amparar al débil. Así quisieran muchos empezar una carrera.

—Ya lo creo, repuso don Clemente; eso es noble. . . . habrás visto pillería igual? quiénes son esos menores, de qué familia?

—Son de apellido Montes. . . de Cartago. . .

—Montes? repitió don Clemente como tratando de recordar; no me es desconocido ese apellido. . . .

La voz de Julián se oyó en la puerta de la calle, que decía:

—Pase adelante, son todos amigos de confianza: luego se advirtió ruido de personas que se limpian el calzado en la acera, dos ó tres carraspeos discretos, y la magestuosa figura de don Eduardo Cartín se destacó en el marco de la puerta. Venía enfardado en una *cosa* que para saco resultaba larga y para sobretodo corta, correctamente abotonado, con sus imprescindibles gafas ahumadas, y los zapatos lustrados.

Con voz solemne é inclinándose, dijo:

—Buenas noches señores; no incomodarse, no incomodarse; y extendió la mano como para impedir cualquier movimiento.

—Oh! señor Cartín, cuánto gusto de verle por aquí. . . . qué buen viento? dijo don Clemente alborozado y con gran agasajo; por aquí, por aquí, no, no, aquí, aquí . . . qué *caray* hace sus días que usted no viene por San José.

El señor Cartín que se creía con derecho para ser recibido siempre con mucho cariño en aquella casa, saludó muy ceremoniosamente uno por uno de los circunstantes, y ocupó su asiento como quien está delante del fotógrafo.

Diego devolvió el saludo al señor Cartín con alguna seriedad. Sentíase como entre un hormiguero cuando oyó á don Clemente que con aquella su ingenuidad volvía á empezar la interrumpida conversación, diciéndole:

—Con que Montes, de Cartago? si cuando yo digo que ese apellido no me es desconocido. . . . cómo se llamaba el padre de esos menores?

—No recuerdo bien contestó Diego, quien deseaba en esos momentos encontrarse á dos leguas de distancia, si era don Feliciano ó don Cayetano . . . y trataba de hacer á don Clemente una señal de inteligencia para que suspendiera aquel interrogatorio; el buen señor estaba bien lejos de figurarse que don Eduardo Cartín, allí presente, al cual profesaba un profundo afecto y reconocimiento, fuera el tutor de aquellos menores á quien había llamado *pillo* con todas sus letras. Desde que el apellido Montes había sonado, sentía Diego sobre sí la mirada *ahumada* del señor Cartín, quien por otra parte demostraba perfecta tranquilidad.

—Don Eduardo, que es vecino de esos lados, pues que por allí tiene algunos terrenos puede que sepa, prosiguió don Clemente.

—El qué, preguntó don Eduardo con voz segura.

—Ah! pero es que usted no está en autos; parece que Diego tiene entre manos un negocio de importancia va á defender unos menores de algunas rapiñas de que han sido objeto por parte del propio tutor . . . qué le parece? unos Montes de Cartago.

—Oh! magnífico, eso es entrar con buen pie al templo de la justicia, interrumpió don Eduardo como si se tratara del Negús de Abisinia; mis feli-

citaciones amigo, y se inclinó con mucha ceremonia ante Diego.

Este se quedó admirado de la sangre fría y disimulo de aquella lechuza con gafas, y aprovechando el momento en que don Clemente ofrecía un cigarrito á don Eduardo, dijo á Urdaneta que se encontraba á su lado en voz baja, y rápidamente.

—Distráigame á don Clemente, urge.

Urdaneta que se pintaba solo para sacar de un atolladero á quien lo había menester, miró acto continuo hacia una consola que tenía frente á sí, y sobre la cual se apoyaba un espejo de cuerpo entero que colgaba de una escarpia fija en la cornisa del techo. Sobre la consola había algunas figurillas y dos floreros con azucenas. Beltrán notó un pequeño bronce que allí había: representaba una especie de diosa sentada sobre un robusto toro que volvía hacia ella el testuz adornado con una guirnalda; se sonrió, y poniéndose de pie, dijo á don Clemente:

—Hola, conque usted también es aficionado á la mitología?

—Por qué te ocurre esa pregunta, contestó don Clemente con extrañeza.

—Por esto, y Beltrán, que era un iconófilo consumado, se levantó sonriendo y tomó el pequeño bronce que había llamado su atención examinándolo con curiosidad y mostrándolo después á aquél.

—Y qué es eso? preguntó Matilde que había estado hablando con su amiga á media voz de modas y de prendidos. *Qué quiere decir* esa muñequilla sentada en ese toro. . . . lo más sin gracia!

—Le parece á usted? pues se equivoca. Esto representa una leyenda hermosa, como todo aquello que se inspira en el amor.

—Ahora verán ustedes, dijo Valentina, como nos inventa una fábula de la muñequita esa.

—Fábula puede que sea, pero no inventada por mí. . . . ah, las antiguas civilizaciones poseían en alto grado el sentimiento de la poesía, y lo han immortalizado en mil cosas dejándonos las creaciones de su fantástica imaginación.

Don Clemente ya interesado en el asunto se había acercado á Beltrán que contemplaba el bronce en sus manos con gran atención, como si fuese una rica porcelana de Sévres.

—Es una buena imitación, decía.

—Bueno, por fin, qué *diantres* es esa muñeca, y qué significa, preguntó don Clemente.

—Significa ni más ni menos el rapto de Europa, contestó Beltrán con la mayor sencillez.

—Rapto de Europa? repitió Valentina soltando á reír; como si fuese tan fácil robarse á Europa . . . sólo que los yanquis. . . y el repiqueteo de su risa franca y atropellada resonó en la sala.

Que nos explique eso el señor mitológico, dijo Julián que hablaba con don Eduardo, quien no había concedido su atención al asunto.

—¡Phits! eso lo sabe todo el mundo; si ustedes tuviesen buena memoria. . . . dijo Beltrán para disculpar la ignorancia de los circunstantes.

—A ver, á ver, repuso Matilde tomando el

pequeño bronce y fijando en él su atención; bueno, qué es *la cosa*?

—Se empeñan ustedes en que yo les recuerde este asunto, bien.

Europa era hija del rey de Fenicia,—empezó Beltrán. El señor Zeus, por otro nombre Júpiter, se enamoró de ella y se la robó de una manera ingeniosa. Tomó la forma de un toro, se reunió con el ganado que apacentaba la muchacha, Europa, á la orilla del mar, y empezó por hacerla mimos, la merla las manos, los pies, y á mugir muy tiernamente, como los barítonos cuando enamoran á la *prima donna*, ó como deben mugir los toros enamorados.

Europa no pudo menos que fijarse en todo eso; empieza á sentir cierta predilección por el torito, y un día se sienta sobre él,—así como aparece en el bronce: —qué si quieres, dice para sus bofes el muy ladino, y echa á andar, llega á la orilla del mar y sin encomendarse á Dios ni al diablo, zás! se echa á nado entre las olas con su adorada carga encima, y se la lleva á la isla de Creta donde según dicen fueron felices. . . . y “colorín colorao”

—Pues es bonito el cuento, dijo riendo Valentina; pero qué Júpiter ese más tonto. . . elegir la figura de un toro para eso. . . .

—Oh! no crea, y en nuestros días hay muchos que también toman la figura de un toro, y hasta la de buey. . . . salvo las cuatro patas y el rabo. . . . contestó Beltrán que siguiendo su costumbre, de-

volvía siempre ciertas frases un poco retorcidas y aún subidas de color.

Valentina rompió á reír con una risa tan franca, que hizo pensar á aquél: "esta mujercita es una delicia".

Matilde bajó los ojos sonriendo, ruborizada por la general hilaridad, y el bronce volvió á su sitio.

—Caramba, no sabía el cuento, dijo don Clemente; y yo que tenía el chécherese ese por un pisa-papel!

—Pues es una bonita imitación de una famosa escultura de Benvenuto Cellini que yo conozco. Es ése un asunto que ha inspirado á algunos de los más grandes pintores, entre ellos á Pablo Veronés al Tiziano, qué sé yo!

La charla siguió después sin rumbo fijo y Diego temiendo que á don Clemente se le ocurriera otra vez lo de los Montes de Cartago, y el pleito, cosa que no convenía á sus propósitos allí en aquel momento, se levantó para despedirse pretextando una neuralgia que le mortificaba.

Don Eduardo Cartín, deliberadamente, se despidió al propio tiempo que Diego, de suerte que salieron juntos, y ya en la calle, don Eduardo dijo á éste en tono amistoso.

—Vamos, le acompañaré un rato.

Y era que el muy zorro olfateaba algo que deseaba poner en claro, porque él era el tutor de los únicos Montes que en Cartago había.



Valentina, por su parte, al despedirse se acercó á Beltrán y le dijo amistosamente y con algún mimo:

—Me hace usted el favor? ya le tendré aburrirido.

—Nada de eso, señora, me proporciona usted un placer con permitirme que la acompañe, contestó Beltrán cortésmente poniéndose de pie y tomando el sombrero.

Salieron. La noche estaba hermosa, el cielo despejado y lleno de la luz de la luna, parecía más brillante debido sin duda á la humedad de la atmósfera.

Matilde salió hasta la puerta y pudo ver á su amiga y á Beltrán que doblaban la esquina; él, un poco inclinado hacia ella, y como hablándole de algo que á Valentina debía interesar según se volvía para oírle.

Matilde suspiró y se quedó meditabunda.

Valentina y Beltrán llegaron.

—No entra? le dijo aquélla, mirando á su acompañante frente á frente y sonriendo.

Beltrán miró aquella carita risueña y picaresca. . . . aquellos dientes blanquísimos, y las calcitas de oro que á la luz que las hería despedían destellitos encantadores, fueron para él una tentación. Sufrió como un vértigo al aspirar con deleite el perfume que emergía de aquella mujercita adorable, y reponiéndose un tanto, dijo:

—Gracias, señora, es tarde y don Agapito

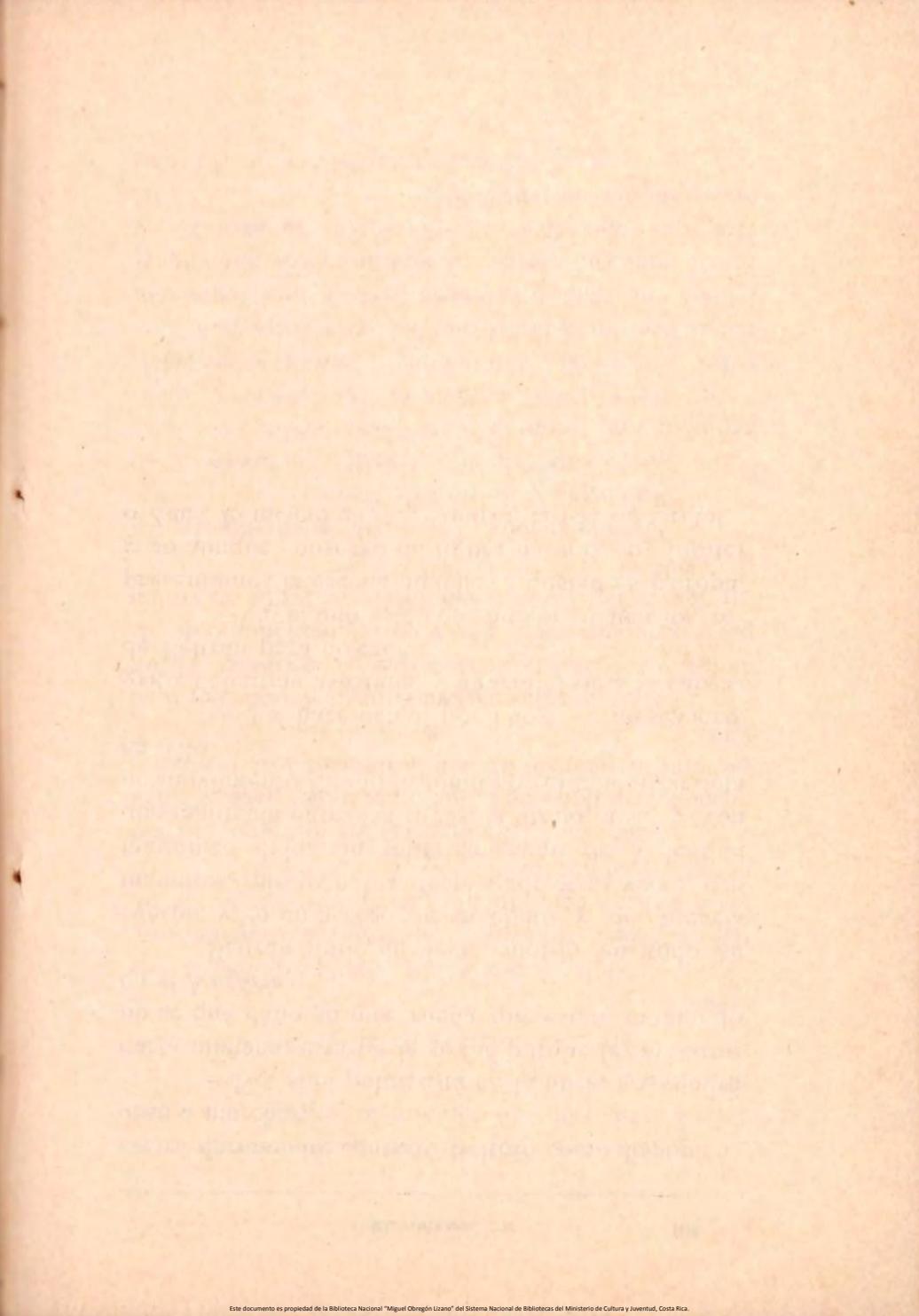
estará durmiendo, contestó Beltrán como disponiéndose á marchar.

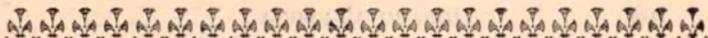
—No, si el pobre está en la finca, no vendrá hasta mañana; esta tarde se fué porque le avisaron no sé qué daño en una rueda que están montando en el *beneficio*.

Beltrán sintió un leve calofrío en todo su cuerpo, y en un acceso de arrebato y de audacia inauditos, que ya había desplegado otras veces con magnífico éxito, sin soltar la mano de Valentina que mantenía entre las suyas, la atrajo á sí, y con un movimiento rápido la tomó por el talle alzándola en vilo.

—Qué hace usted? por Dios! no sea loco, gritó Valentina asustada, y agarrándose á la cabeza de Beltrán para no caer.

—Vaya! dijo éste con humor delicioso; representamos la escena aquella usted es Europa, y yo aunque conservo mi figura natural, soy Júpiter ó Zeus, lo mismo da vamos á la isla de Creta!





XII

Al día siguiente, más temprano que de costumbre, Valentina fué á casa de Matilde; experimentaba un vago deseo de ver á su amiga, tenía esa malignidad que ciertas mujeres poseen en alto grado, y de cuyos efectos gustan con fruición como de un licor sutil y embriagador que les trastorna el alma y los sentidos.

Después de haberse besado, se sentaron en dos mecedorcitas de junco cuyos espaldares adornaba Matilde con lazos de cinta. Sobre una mesa que había cerca de su cama, se veían unos periódicos de modas, que ella solicitaba en calidad de préstamo de alguna vecina complaciente, cuando ideaba algún traje ó prendido.

—*Ajá!* dijo Valentina fijando su atención en los periódicos. Te preparas ya para el baile? á ver, enséñame tu elección.

—No, contestó Matilde suspirando; no pienso ir al baile. . . . estaba buscando una idea para hacer una *mañanita*.

—Cómo que no piensas ir al baile? faltaba más; tienes que ir, qué idea se formará Beltrán al ver que su prima con todo y ser tan guapa se queda rezagada en casa, como una cualquiera? no; eso sería muy feo, tienes que ir.

—Que piense él lo que quiera contestó Matilde displicente; tal vez papá no pueda . . . ya sabes que un baile de esos cuesta caro, y no siempre está una para tales fiestas por más que me gusten mucho; además, ya conoces mi genio, desearía ir muy bien puesta, y si no es eso posible, mejor no voy.

—Jesús, y qué remilgos! pareces una niña de escuela, replicó Valentina riendo alegremente; acaso es preciso que vayas hecha un brazo de mar? no sabes que muchas veces el hábito no hace al monje, y que hay muchachas que vestidas de *linó* valen mucho más que otras que van de seda y llenas de brillantes que ni siquiera saben lucir? en cuanto á ti, qué mejor adorno y atavío que tu gracia y hermosura?

—*Burlista!* contestó Matilde, que allá en sus adentros creía merecer la lisonja de su amiga.

Valentina iba á contestar pero se quedaron suspensas al oír unos pasos como de persona que se retira discretamente.

Matilde salió á la puerta del pasillo y vió á Beltrán que se volvía sonriendo y excusándose,

—Usted perdonará, dijo saludando á aquélla, pero no fué mi intención interrumpirlas; estaban en

animada conversación, y creí prudente retirarme..... el dormitorio de una señorita es lugar sagrado para un extraño.

—Ah! y usted se considera extraño en esta casa? repuso Matilde mirando á su primo con reconvención.

—Pues no diré tanto, pero qué quiere usted, casi así nos vemos.... es decir, que así me trata usted.

—No tiene ninguna razón para decirlo, arguyó Matilde con aire serio, y mirándole de frente con sus grandes ojos húmedos. Beltrán se quedó bebiendo aquella mirada con la ingénita avaricia del hombre que no quiere perder ni el más leve destello de unos ojos hermosos.

Matilde no sufrió aquella mirada; sonrió y bajó la vista encendida la faz.

Valentina, que se había quedado en el cuarto de su amiga, después de mirarse al espejo, de pasarse ligeramente la borla de los polvos por la cara y de alisarse las cejas, dos graciosos arcos de terciopelo negro, salió al pasillo como quien se echa á nado después de palpar el agua fría....

Beltrán la saludó de la manera más natural del mundo y se fueron á la sala. Había oído algo de la conversación de las dos amigas; se sentó frente á ellas, que ocuparon el sofá. Valentina que al principio había estado un tanto cohibida, empezó á conversar con su habitual buen humor riendo más que de costumbre.

—Qué le parece? dijo dirigiéndose á Beltrán, la resolución de su prima?

—Veamos cuál es? preguntó éste mirando á Matilde.

—Qué *picoreta* estás hoy; por qué has de contar siempre lo que una conversa?

—Vamos, y crees que tu primo lo ha de ignorar y que se va á conformar con tus caprichos?

—De qué se trata? veamos cuál es la cuestión y tendré el honor de decirles mi parecer si ustedes lo permiten.

Valentina expuso entonces ligeramente, y con su gracia habitual, los motivos en que su amiga fundaba sus excusas para no ir al baile.

Beltrán la oía sonriendo y miraba alternativamente á una y otra; Matilde, roja hasta el pelo, la interrumpía de cuando en cuando para contradecirla, y por último aseguró que no era eso, sino que no *tenía ganas* de ir.

—La cosa es sencillísima, replicó Beltrán sin hacer caso de la desgana que mostraba Matilde. Yo me encargo de conseguir el permiso de don Clemente, y hasta el de Diego si es necesario, para que usted no falte al baile; ahora, en cuanto al atavío de una señorita les diré, si me lo permiten, mi parecer con la franqueza que me caracteriza.

Pienso que la belleza es un don del cielo, y que por consiguiente es acreedora á todos aquellos refinamientos que pueda brindarle el arte para realzarla más. El diamante se guarda en estuches finí-

simos, primorosos; pero ello no quiere decir que no sea igualmente apreciado si está envuelto en un pedazo de papel. Con respecto á los adornos femeninos, lo que es yo siempre exijo, siempre he convenido en que deben guardar cierta correlación con la persona que los lleva: qué ridículo es por ejemplo, ver á esas mujeres que tienen el talle como una valija de viaje, hechas una ola de encajes, de cintas y pedrerías.... en cambio solemos encontrar otras que piden un manto real para sus hombros, y una diadema; y como pienso que la púrpura se ha hecho también para esta clase de reinas, opino, insisto, en que usted debe ir al baile y llevar la púrpura que.... francamente pocas veces habrá estado mejor empleada.

—Eso es decir las cosas con toda *ortografía*, dijo Valentina riendo y mirando á su amiga.

—Caramba, replicó Matilde; no se puede negar que usted ha aprendido mucho en su carrera..... exagerado!

—Lo cree usted así? nada hay mas espontáneo que la verdad; á qué pues callarla? yo digo lo que siento sencillamente.

—Sí sí, aprobó Valentina dejándose arrebatar por la alegría y palmoteando; á bailar, á gozar! que la vida es corta y hermosa; no es necesario arruinarse ni gastar un capital para pasar una noche alegre; sobre todo tú que tienes la gracia y el arte que muy pocas; eres capaz de triunfar una noche, con un traje de *coletilla*.

—Es claro que ha de ir, verdad que sí? dijo Beltrán dirigiéndose á su prima en tono de súplica; no puede negarse; quizá no se me presente otra oportunidad para conocer la buena sociedad josefina.

—Por supuesto, agregó Valentina; lo que quiere Matilde es que la rueguen. . . . verdad? mira, con un trajecito de gasa rosada, arreglándote como lo sabes hacer y con los pendientes aquellos de brillantes, ó mejor, con los de perlas que tienes. . . . estarás de dar golpe.

—Tiene usted pendientes de perlas? ah!, las perlas son bellísimas, me gustaría conocerlas; nada háy más encantador ni de mejor gusto que una mujer adornada con esa clase de joyas; son lo que en el reino vegetal las violetas, humildes y modestas. A ver, prosiguió Beltrán: tenga la bondad de enseñarnos esas perlas que si guardan relación con su dueña, deben ser tan buenas como las del cofrecillo de Fausto.

—No lo crea, contestó Matilde; las perlas que tengo no son de gran valor, es decir, para mí valen mucho y las conservo con gran cariño porque eran de mamá.

—Bueno; traelas para que las vea Beltrán, y también los brillantitos aquellos que te conocí, pequeños ciertamente pero de primeras aguas, muy lindos.

Matilde recordó entonces con dolor que sus brillantitos que tanto quería se habían *muerto* hidrópicos de intereses en un monte pío del diez por ciento, y contestó.

—Ah, esos creo que los vendió papá hace algún tiempo. . . . no recuerdo bien.

Matilde salió de la sala y fué á su cuarto por los pendientes.

Entre tanto buscaba las llaves de su armario, que nunca parecían sino después de larga requisitoria por todos los cuartos, Beltrán y Valentina conversaban animadamente.

—Pues sí señor; temo que si Matilde se entera de las visitas que le merezco á usted, se ponga terriblemente celosa.

—Celosa? y por qué? contestó Beltrán extrañado.

—Y usted qué se figura? replicó Valentina con viveza; cree que yo vivo en Babia y que no he advertido nada? Usted ama á Matilde, y ella. . . . creo que también ama á usted. . . . las mujeres sabemos leer ciertos libros mejor que los hombres; á ustedes les ciega su propia vanidad, porque suponen que han de engañar siempre impunemente.

—Oh, puedo asegurarle que sufre una lamentable equivocación, contestó Beltrán, y crea que me sorprende mucho esa salida de usted. . . . cómo ha podido tomar por amor simples cumplidos, y un cariño de familia? Además, usted y yo sabemos que Matilde tiene su novio, que se casará, y esa broma puede ocasionar algún sinsabor si se le ocurre insistir en ella. De otro lado, continuó Urdaneta mirando á su interlocutora con ojos en-



cendidos, fingiendo una pasión que estaba bien lejos de sentir, y bajando un tanto la voz: usted es la que menos debiera dirigirme esas frases porque sabe muy bien que en mi alma hay otro sentimiento. . . . que. . . .

Valentina interrumpió á Beltrán con una carcajada tan expansiva que á ser otro, se habría desconcertado.

—Es decir, replicó Valentina, que usted piensa hacerme creer que *efectivamente* me ama? qué chistoso! usted es capaz de amarme á mí, á su prima y á veinte más, siempre que crea encontrar combustible á su pasión, á su orgullo ó simplemente á su costumbre! Oh!, ayer no le conocía como hoy.

Beltrán iba á contestar con la vehemencia que solía gastar en estos floreos, pero oyó que Matilde se acercaba y guardó silencio.

Traía un estuche abierto que tomó Beltrán con indiferencia, examinando los pendientes; dos bonitas perlas de forma de pera, no muy grandes, pero perfectas y de un oriente admirable.

—Ah! sí, dijo; muy semejantes á las de mi madre; qué hermosas perlas! verdaderas *meleagrinas*. . . . no son mejores las que según la mitología india, sacó del fondo del mar el dios Vichnú para adornar á su hija Paudaia.

—Qué bien irían con un collar de lo mismo, dijo Valentina mirando á Matilde.

—Verdad que sí, asintió Beltrán,—quien ya había pensado en ello,—y devolviendo el estuche á

Matilde:—guárdelas con cariño. son muy hermosas y van siendo escasas perlas así.

Algunos momentos después pretextó Beltrán una ocupación y se despidió no sin consultar antes la mirada de Valentina; ésta, aprovechando un momento en que Matilde guardaba el estuche, contestó á Beltrán por bajo.

—Gracias, me quedo un rato más.



XIII

No se puede negar que es precioso, pensaba Beltrán contemplando un estuche color rojo que tenía en la mano, bajo la araña de luz eléctrica de su cuarto del "Gran Hotel," dos días después de las escenas que antes narramos.

Era un collar compuesto de dieciséis brillantes no muy grandes, y de otras tantas perlas, graciosamente combinados; una verdadera obra de arte que honraba al orfebre quien tal hizo. Las perlas, esféricas, y casi todas de magnífico oriente, estaban habilidosamente engarzadas en unos cintillitos de oro, de suerte que su perfección pudiera admirarse por todos lados.

Esa alhaja, venida más bien como reclamo, para ser mostrada á gentes acaudaladas, estaba en una de las mejores joyerías de San José, é iba á ser devuelta á su destino, una casa diamantista, judía, del boulevard Sebastopol en París, por la dificultad de encontrar aquí un comprador.

La buena suerte del joyero hizo que Urdaneta viese el collar y se prendara de él; lo compró después de varias visitas y de un detenido examen.

Heridos por la luz, los brillantes despedían destellos vivísimos; parecían gotitas de fuego y formaban bellísimo contraste con la apacible blancura ligeramente azulada de las perlas.

Es todo un símbolo, pensaba Urdaneta: el oro, el amor que encadena y aprisiona; los brillantes, el hombre: fuerza, dureza, valentía, reflejos del incendio de la pasión. . . . del vicio. . . . las perlas, la mujer: la dulzura, la debilidad. . . . reflejos suaves, blancos como los azahares de una desposada, como la frente de una niña pura. . . . es un símbolo. . . . y agitaba en sus manos el estuche, y los diamantes parecían reír como Mefistófeles, y las perlas sonreír como la dulce Margarita.

Guardólo después, pensando en lo que diría en casa de su tío para disculpar un obsequio de tanto valor.

Vaya, se dijo; sonriendo misteriosamente; será mi regalo de boda; por cierto que es digno de aprisionar aquella garganta blanca y bien torneada que dan tentaciones de comérsela á mordiscos.

Llegó el 30 de diciembre, primer día de las fiestas cívicas que se celebraban con gran alegría.

Caía la tarde, una tarde fresca y despejada: el poniente se encendía con los arreboles del sol presentando á la vista la ilusión de un inmenso mar

de topacio fundido, en el cual advertíanse aquí y allá isletas, cabos y penínsulas de un color gris claro, ardiente; luego un gran espacio, de rojo subido, de color de ascua, que iba desvaneciéndose hasta morir en un violeta tenue; toda una sinfonía de colores digna de la muerte del Soberano de nuestro cielo tropical!

En los picos de la alta cordillera del Suroeste, se desgarraban algunas nieblas blanquecinas, mientras que sobre el Irazú iba destrenzando la noche su negra cabellera.

La calle de la estación que llamamos "Avenida de las damas" está llena de gente que va y viene, y que no piensa en otra cosa que en divertirse.

Los largos poyos que cierran el parque de Morazán están llenos de personas de todas las clases sociales que se han sentado allí para gozar del espectáculo que presenta la salida de la corrida de toros, como enfáticamente llamamos los tristes y descarnados simulacros de tales, que aquí tienen lugar durante las fiestas, en la plaza de la Fábrica, que se habilita al efecto.

Sobre toda la calle hay multitud de arcos adornados con gallardetes y banderolas en que el viento juguetea; los carruajes y los ómnibus van y vienen por las calles adyacentes, entre un repique-teo alegre de cascabeles, y cubiertos de banderitas de todos los colores imaginables, y los jamelgos con los jaeces encintados.

Un vocerío cunde por todos los ámbitos; los

organillos, los vendedores de confites, y de diversidad de golosinas, con sus cajas á la cintura asaltan á todo el mundo.

Los campesinos que han venido desde lejos á *los toros*, van desfilando *endomingados*, con la nuca rapada y sus sombreros de *pita* recién blanqueados.

Las mozas del campo, las criadas de la ciudad, peinadas como andaluzas, y estrenando vistosos chales de seda y rebozos á listas vivas, con el cabello cubierto de *confeti* que han recibido en las barreras y *tablados*, de la gente alegre; las señoritas de buena sociedad con sus sombreros parisienses y sus elegantes trajes de sedas, de gasas, los últimos figurines llegados; los amantes papás que van siguiendo á sus chacalines que llevan las caritas embadurnadas de confites, que han estado comiendo toda la tarde, admirados de la largueza con que se les dan, todos desfilan, van pasando en hileras, en grupos, y ocupan su lugar en los poyos, si es que lo gran encontrarlo desocupado.

El punto donde abre el círculo ó plazoleta del monumento del General Fernández, está atestado de gente, casi toda de la buena sociedad.

En un grupo están Matilde, Valentina y dos amigas de éstas en animada conversación, con Beltrán y Diego: más allá, como á veinticinco pasos un grupo de muchachos alegres y guasones, con sus bastoncillos de cerezo, fuman, y dicen bromas á la gente que pasa, y que les mira sonriendo. . . . ¡vivan las fiestas!



Todos están sentados excepto uno, Trillito, que permanece de pié frente á sus amigos, arrimándose al poyo para no ser arrollado por el alud que baja, y enfrascados en animada conversación que no trascribimos por mil motivos.

Trillito, que desde su rirrafe con Gálvez era tantico respetado, y gozaba reputación de valiente, tenía su circulillo que le aplaudía y consideraba como á un Don Juan, pronto á jugarse la vida seis veces por semana aunque fuera *espalderamente*, y á doscientos pasos.

Había abrigado esperanzas de que Gálvez le desafiara, pero éste desde que fué expulsado del Club, se veía poco en San José, y era hombre que tenía respecto de los asuntos de honor, criterio muy diferente. Cuando algunos amigos le azuzaron para que desafiara á Mario, con la esperanza de verse nombrados padrinos y figurar aunque fuera así en alguna croniquilla sosa y cursi, de sensación, les había contestado:— “Batirme yo, así de juguete? ni por chanza! al que me falte le abro el cráneo de un *leñazo*; y al primer *padrino* que me venga con *duelos*, lo descostillo, y San se acabó. Al tal *ñor* Astorga y *Conitrillo* le he de encontrar por ahí y ya verán; le voy á hacer escupir los dientes!”

Trillito que sabía las bravatas de Gálvez, no perdía ocasión de presentarse en público como diciendo: “Véanme á mí, que estoy bajo la espada de Damocles, y se me da un guineo de ello. . . . tan campante como ando!”

La gente seguía discurriendo por las aceras de la avenida, las filas eran ya menos apiñadas, los grupos menos compactos.

De pronto Trillito que estaba hablando con mucha animación, miró hacia arriba, y se puso encarnado como la grana; fijó más la vista y como lleno de gran inquietud, dió un paso atrás, pretextó algo, y se escurrió del grupo bajando un trecho, pero notó que iba á encontrarse con Matilde y demás personas que con ella había, y entonces atravesó la calle.

Llegado que hubo al otro lado, se arrimó al tronco de un arbolillo de *dama*, y desde allí reconcentró su vista en lo que había llamado su atención.

¿Qué era?

Vergüenza nos da decirlo, pero ello es preciso: semejante infamia debe ser conocida para estigma de este fátuo encanallado.

Había visto á sus padres que bajaban por la misma acera en que él estaba, y en lugar de correr hacia ellos con los brazos abiertos, y de haber dicho á todo el mundo allí reunido, "estos campesinos humildes y cargados de años, son mis excelentes padres; esta viejecita que va cubierta con un pobre rebozo de hilo negro, y con enaguas de zaraza azul es mi madre. *"Esta vieja horrible es la hermosa madre mía"*, como dijo el poeta Julio Flores, con una delicadeza que no superará nadie mientras haya madres en el mundo, en lugar de todo eso, decimos, huyó de las santas caricias maternas

avergonzado ante la idea de que se conociera á sus padres allí, en medio de aquel lujo y de aquella alegría de que él formaba parte.

Trillito se quedó parado, con la vista fija en ellos que adelantaban trabajosamente por entre la abigarrada multitud.

Veía á su padre como buscándole ansiosamente por los grupos, con aquella horrible chaqueta de *jerga*, su grueso bastón amarillo y su sombrero de fieltro alón un poco echado hacia atrás para poder cubrir un pañuelo á cuadros que ñor Gregorio llevaba siempre atado á la cabeza.

—Vaya qué ocurrencia la de haber venido ahora á San José,— se dijo Trillito. Y el ingrato no recordaba que hacía cerca de dos años que no iba á ver á sus padres que se morían por abrazarle, y á quienes arruinaba con su derroche estúpido y criminal.

De pronto Trillito palideció; su madre, impedida por un hombre del pueblo que pasó á su lado, borracho, y que la dió un empujón, á tiempo que un chiquillo vendedor de confites se interponía entre ella y ñor Gregorio, dió un paso en falso y cayó de bruces en el caño. La gente se arremolinó, se oyeron risas groseras, y algunas voces que decían:

—Vaya una *tía* más contenta. . . . y peina canas!

—Qué *soca* tan triste!

—No, si es un ataque, agregó un tercero.

La pobre señora hacía esfuerzos para levanta-

tarse del arroyo: habíase dado un golpe, y de su frente manaba un hilillo de sangre.

Ñor Gregorio no podía sacar á su esposa de tal trance, y agachado, trabajaba inútilmente para levantarla. Se le había caído el sombrero, y su cabeza, envuelta en un pañuelo, dejaba ver en la parte superior un mechón de cabellos blancos.

De pronto un caballero vestido elegantemente, se abrió camino entre el grupo; alzó á la pobre señora, y sacando un finísimo pañuelo de batista, la limpió la cara y la dijo:

—No es nada señora; un ligero golpe que no vale la pena.

Ña Tomasa repuesta un tanto del susto, y llena de vergüenza, creía que era su hijo quien la hablaba, y en vano volvía la vista en busca del ingrato, del infame que estaba mirándola desde el otro lado de la calle, con ojos desencajados.

El caballero llamó un coche que pasaba por una de las calles laterales y dijo al cochero:

—Lleve U. á estos señores donde ellos le digan; y le dió algunas monedas.

El coche partió, y el caballero volvió á ocupar su sitio al lado de unas señoritas que elogiaban su acción con lágrimas en los ojos.

En algunos otros grupos que había un poco abajo del lugar del suceso, se oyó después un cuchicheo.

—Quién es ése? quién es ése?

—Ese es el primo de Matilde Ayala, contestó un joven.— Ese, que llegó hace poco. . . .

—Dicen que es muy rico y que anda viajando, agregó otro.

—Lo que es Matilde estará orgullosa con el primito es galán y muy elegante: ella que es tan pretenciosa Estará deseando echarle el guante, insinuó una rubia graciosa.

—*Qué va!*, repuso otra; si á mí me han contado que ya Matilde está comprometida con Diego hace tiempo.

—Nada quiere decir eso, arguyó un pollo: cuántas se comprometen mientras encuentran un novio que les guste más entonces cambian; un par de calabazas no está pegado del cielo.

—Pues yo que Matilde por cierto que sí agarraba al primo; rico y galán ya se lo tomara!

Trillito tomó una resolución *heroica*. Sentía un remordimiento horrible, feroz, que le quemaba las entrañas como plomo derretido. Deseaba ahora reparar su acción, esa acción que no se atrevería á confiar ni al más íntimo de sus amigos. Se puede contar que uno ha deshonrado, que ha matado, que ha robado, que ha cometido, en fin, cualesquiera villanías pero acción semejante no puede confiarse á conciencia alguna: si la propia la reprueba, cuál ha de disculparla?

Pensó en ir á buscar á sus padres; él suponía dónde podía encontrarlos, arrodillarse ante ellos y pedirles perdón pero esto le pareció ridículo y de mal tono.

Sentía en su interior como una sierpe de fuego que le apretaba apretaba. y le ahogaba. Atravesó la calle y pálido, emocionado, se acercó al grupo donde aun permanecía Beltrán, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Señor Urdaneta, vengo á dar á usted las gracias más expresivas por su generoso comportamiento; sabía que usted es un cumplido caballero, y ahora me convenzo de que además, tiene un excelente corazón.

—Sepamos, amigo Astorga, á qué se refiere usted, contestó el aludido, para merecerle frases tan lisonjeras.

—Ah! lo que usted acaba de hacer por mi madre no se lo pagaré nunca, contestó Trillito poniéndose encendido; le doy las gracias de todo corazón.

—Cómo, esa pobre señora que cayó ahí en el arroyo frente á nosotros, es su mamá? pues crea que me felicito de haber podido prestarle ese pequeño servicio espero que no será nada; pobrecita! y usted dónde estaba?

—Yo ni siquiera sabía que se encontraran aquí. un conocido mío me acaba de dar la noticia y he volado presuroso

—Qué desgracia, no haber estado usted presente! la pobre miraba á todos lados. . . . y cree usted poder encontrarlos?

—Sí señor; tienen un amigo por ahí en donde se hospedan cuando vienen. que es muy rara vez, voy allá. Y se despidió.

Anduvo buen trecho y entró á una cantina; sentía frío, era tarde, y aunque había quedado convenido en comer con unos amigos, no quiso ir; no tenía ganas.

Pidió una copa de whiskey, y al ver la dedada que le ponían, tomó la botella y un vaso, sirviéndose una enorme cantidad de licor que apuró de seguida y sin respirar; bebió agua porque se ahogaba; encendió un cigarrillo y salió.

Un rato después pasaba frente á un restaurante donde se jugaba á los dados, y entró. Llevaba en su cartera algunos billetes, resto de una suma que su buena madre le había enviado á escondidas de *ñor* Gregorio, y se sentó á jugar ya medió borracho, en una mesa llena de gente, en la cual el *chinguero* le proporcionó un lugar con mucha amabilidad y agasajo.

Dos horas más tarde no tenía un céntimo, y estaba perfectamente borracho; dejó la mesa, y dando traspies quiso salir, pero le faltó el equilibrio y rodó por el suelo,

Los jugadores que abandonaban la casa á altas horas de la madrugada, se reían y decían chistes de aquel *joven decente* que dormía tendido sobre un billar donde le habían colocado en el estado más lastimoso y ridículo.

Manos compasivas que nadie vió, aliviaron aquel cuerpo inerte del peso del reloj, del prendedor de la corbata, y hasta del sombrero y del bastón,





XIV

Matilde iba al baile; don Clemente no había podido negarse á ello en vista de las instancias de Beltrán, y más que todo, porque la fiesta no le costaba un centavo.

Con una diplomacia sutil, Beltrán había logrado vencer las suspicacias de don Clemente, si bien es cierto que no tuvo para conseguir su objeto, que aguzar mucho el ingenio.

—Y bien, le había dicho; no es Matilde mi prima? qué tiene de particular que usted le ofrezca como cosa suya lo que necesita para ir al baile como ella lo merece? Además, si yo hiciese para ello algún sacrificio. pase; si lo tuviera que hacer usted, vaya; pero no veo el por qué de sus negativas, y crea que ello no deja de resentirme . . . no parece sino que yo fuera un extraño.

Por supuesto que las negativas de don Clemente, en tratándose de su hija, tenían una consisten-

cia . . . que . . . pero se quedaba callado mostrando con aquella su eterna sonrisa que con un esfuerquito más todo estaba hecho.

La cosa había sido arreglada convenientemente, y á las seis de la tarde de aquel día, 31 de diciembre, el traje de Matilde debía llegar que bailaba solo.

Esta había mostrado alguna extrañeza cuando oyó de boca de su padre que tenía que asistir al baile por esto, y lo de más allá, y que iba á tal tienda á *ordenar* que le enviaran cuatro ó seis cortes para trajes á fin de que escogiera ella el que más le gustase. Algo sospechó, pero las súplicas y miradas de Beltrán por un lado, la equiesencia de don Clemente por otro, y *por todos* los demás, aquellos cortes de muselina de seda que le habían enviado para elegir, y que eran *de trastornarse*, según su graficismo en estos casos, la hicieron resolverse. Estaba loca de alegría.

Esperó con impaciencia la noche para ver á Diego, con el objeto de solicitar de él ciertas elecciones y consejos respecto á colores, adornos, etc., y para decirle que *cuidado* él no iba al baile. A pesar de todo, quería aparecer á los ojos de su novio la misma fiel y cariñosa Matilde de otros tiempos, y pensaba cumplir así con ciertas consideraciones á que se creía obligada por su posición respecto á Diego.

Quería conservar el cariño de aquel buen muchacho, al que ella se había acostumbrado . . . ¡Hacía tanto tiempo que eran novios!

Diego llegó aquella noche algo más temprano que de costumbre, porque el día anterior no había podido ir á visitarla, y porque hacía algunos que no tenía el gusto de hablar á solas con ella.

No era uno de esos enamorados ardientes, sensibles y derretidos que juran pegarse un tiro el día en que la novia no les quiera dar el huesecillo de una fruta que están comiendo, ó la cáscara de la naranja que mondan.

Era de un temperamento calmoso, firme en sus resoluciones y que tomaba la vida con aquella tranquilidad de los hombres que piensan que se ha de llegar á alguna parte, siempre que se camine hacia ella; á qué pues correr y desbaratarse? El caminaba con paso firme y resuelto. Ese carácter estaba envuelto en un exterior bromista y franco.

Muchas veces había tenido con Matilde diálogos como éste.

—Vas al baile del quince?

—No, no voy... no me han convidado: la invitación la tenía en el bolsillo hacía ocho días; ó bien contestaba. No tengo pantalones negros.... me los comió la polilla *en salva sea la parte*.

—Tan *higadoso!*

—Qué quieres que haga? ya los sastres no quieren fiar....

—Yo tampoco voy: (poniéndose seria); caramba que *sos pesado*, así que estoy lista....

—Hay un remedio.

—Cuál?

—Que vayas tú y bailes por los dos; entre tanto yo roncaré y soñaré con Ahrens, Lastarria y demás zopencos. . . .

—Qué pesado!

—Abur, que bailes mucho y te diviertas.

Y se largaba dejando á Matilde medio enojada, quien *por venganza* se iba al baile la noche siguiente, en la creencia de que Diego estaba durmiendo á esas horas; y á lo mejor se presentaba éste correctamente vestido, con un frac algo pasadito de moda, pero todavía flamante, y le ofrecía el brazo.

—Con quién vas á bailar esta pieza?

—Ni me acuerdo. . . .! creo que con un *machillo* que no sé ni cómo se llama, contestaba Matilde tratando de leer en su programa.

—Pues que se fastidie!

Halló á Matilde aquella noche sentada al piano tocando una mazurca muy en boga en esos días.

Entró sin hacer ruido, y ya en la sala aplaudió cuando aquélla hubo terminado.

—Me has asustado! había dicho Matilde volviéndose con viveza.

—Caramba que estás adelantada, sabes que tienes ahora más sentimiento para tocar? qué bien lo has hecho!

—*Burlisto!* siempre con tus cosas.

Matilde usaba para con Diego, y en confianza, de ciertas frases familiares que procuraba corre-

gir en presencia de otras personas, aunque á veces, la costumbre de decirlas echaba á perder sus propósitos.

A su primo nunca pudo tutearlo por más que éste se lo había rogado con insistencia. No fueron pocas las veces que le había dicho *tusted* lo que le causó ataques de risa.

—Desaba que llegaras, le había dicho Matilde; tenía que decirte que papá quiere que vaya al baile. . . . y me he resuelto. . . .

—Es decir, es don Clemente quien desea que tú vayas, tú no tienes gana. . . . verdad?

—Pues no tenía muchas. . . . pregúntaselo á él. . . . por supuesto que tú vas, verdad?

—Puede que sí, puede que no.

—Ya *empezás* con tus cosas; sí, vas porque vas.

—Ya hablaremos de eso. Si es por la primera pieza que quieres comprometer con alguien. . . . no tengo inconveniente en cederla. . . .

—Si no es eso! es natural que si yo voy, vayas tú también. . . . qué dirá la gente!

—Gracias por tu bondad, le había contestado Diego sonriendo, y mirándola con ojos amorosos.

Después de algunos minutos. Matilde había obtenido de Diego la promesa de que iría al baile, y éste había aprobado la elección de Matilde en cuanto al color del traje, etc., diciéndole.

—Ya sabes que en esos casos eres muy entendida; posees en alto grado el arte por excelencia

de la mujer, el arte de gustar. Ya se tratara de hacer un alegato de buena prueba, ó de entablar una demanda, ya verías.

Había seguido después una de esas charlas comunes entre novios, que si no hablan de amor, se entretienen en conversaciones insustanciales y frívolas que no son otra cosa que *la cuerda* que se da á un instrumento cuyos sonidos oímos con gusto.

Matilde estaba empezando su tocado. Sobre el lecho veíase el traje que le habían llevado puntualmente, extendido como una ola de rosas.

El brillo de la seda bajo los velillos del adorno, los lazos, las cintas y las flores, todo formaba un precioso conjunto: sobre un sofá veíanse las zapatillas, también rosadas, los guantes largos de blanquísima cabritilla, y el abanico de velillo blanco y varillas de marfil; sobre una silla la esclavina y un primoroso abrigo que parecía tejido de espumas blancas y de pedazos de arco iris.

El cuarto estaba fuertemente impregnado de riquísimo perfume.

Frente al espejo, Matilde daba ya la última mano al peinado, mientras que su imaginación volaba por el salón del baile y se sentía llevada por un torbellino de músicas, de luces y de perfumes, entre dos brazos que la estrechaban.

En esas difíciles operaciones, las grandes obras de ciertas mujeres, que estudian un peinado con la misma pasión que un artista las líneas de la

más perfecta belleza, sobre el bloque de mármol que va á animar con su inspiración, la ayudaba Peregrina con aquella su viveza de ardilla, con habilidad extraordinaria, contentísima de estar en aquel *sancta sanctorum*. Qué gran doncella de señora rica habría sido! lástima que no pudiera serlo... por el cariño que tenía á la casa donde servía.

Poco antes de las nueve llegó Beltrán á pie, sin duda deliberadamente, porque entró á la sala procurando hacer el menor ruido posible, y se puso á dar cortos paseos: la alfombra del centro, y otras pequeñas que había en distintas direcciones, amortiguaban sus pasos. Latíale el corazón con violencia, como cuando se espera con incertidumbre el desenlace de una situación que uno va á provocar.

Iba correctamente vestido, de la más rigurosa etiqueta; su frac de un corte irreprochable, desconocido en San José, tallaba sobre su busto lleno y bien desarrollado: acusaba á las claras una ilustre procedencia parisiense: la camisa era un primor de blancura y de buen gusto, y el lazo de la corbata de finísima batista revelaba al hombre del gran mundo que ha pasado la vida en fiestas y saraos de la más refinada elegancia. Nada de alhajas, ni siquiera la cadena del reloj, que había sido sustituida por una leopoldina de seda negra que se advertía bajo el corte delantero del frac.

Frisaba en los cuarenta años; estaba en la plenitud de la vida, cuando el hombre siente con más fuerza el ardor de las pasiones, y cuando ya se